

valió para traernos á esta santa fe, fueron nuestros hermanos los RR. PP. José de Búrgos (que no ha mucho murió santamente), Ángel de Villarrubia y Antonio de Novés, misioneros capuchinos españoles, quienes con anuencia del difunto sumo pontífice nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, de santa memoria, fueron aquí mandados para enseñarnos é instruirnos en la santa fe católica, convertir los extraviados á la recta senda de salvacion, y reducir al seno de la única Iglesia á los que vivíamos fuera de ella. Gloria y alabanza sea dada al Espíritu Santo, y el Señor premie estas fatigas en el reino de los cielos. Amen. Y á estos vuestros hijos, que cual apóstoles de CRISTO consumen sus dias en la piedad y en el cultivo de la viña del Señor, Dios por su misericordia premie sus heroicas tareas por la propagacion de la fe y exaltacion de la santa Iglesia, dándoles en esta vida la alegría y en la otra el reino de los cielos. Y yo, vuestro humilde siervo, luego que esclarecido mi entendimiento vine al camino de la fe católica, abandonando mi diócesis, al frente de la cual yo ciego era conductor de ciegos, acompañado de nuestro R. P. Ángel y de la escolta que S. A. Osman Bajá, gobernador de esta ciudad, tuvo la bondad de mandarnos para nuestra defensa, nos dirigimos á Alepo, y aquí nos presentamos al ilustrísimo y reverendísimo monseñor patriarca Pedro Yarné, el cual habiéndonos dado la absolucion de la excomunion nos unió á su nacion siro-católica. Concluidos que fueron los ejercicios de retiro espiritual y confesion general, ofrecimos al Padre de las misericordias la víctima divina en expiacion de los extravíos de mi pasada vida, y en perpétua accion de gracias por el favor tan señalado que Nuestro Señor nos hizo. Nos detuvimos en casa del señor Patriarca cerca de tres meses, instruyéndonos en lo perteneciente al rito, y despues en compañía de D. Tomás, vuestro siervo y nuestro diácono, quien igualmente que nosotros recibió la santa fe católica, regresamos al país de nuestra residencia, esto es, á Orfa, alojándonos en el hospicio de nuestros amados hermanos los RR. PP. Ángel y Antonio, los cuales nos recibieron con tanto gozo y alegría, que no tenemos palabras suficientes para explicar los obsequios que hicieron á estos vuestros siervos. Hasta ahora estamos en su compañía, la cual se nos hace tanto mas gustosa cuanto que ellos son pacíficos y humildes; y sus corazones siempre afables y alegres nos presentan segun sus fuerzas todo el posible obsequio y conveniencia, por lo que nosotros les estamos sumamente agradecidos. Seguimos con ellos esperando nuevas disposiciones de nuestros beneméritos superiores en favor de la religion de JESUCRISTO en esta comarca. Esperando á mas de esto que extendiéndose las santas oraciones y augustas miradas de Vuestra Beatitud sobre Nos y sobre nuestro Estado, en los felices dias de vuestra Suma Santidad, esta tierra inculta dará frutos abundantes, y presentará nuevos fieles hijos á la santa Iglesia de Dios.

«Así lo espera de la liberalidad del Altísimo el que, confiando en vuestras poderosas acciones, implorando vuestra santa bendicion, suplicando al cielo se digne perpetuar vuestra interesante vida, ensalzar vuestro sublime trono, y hacer triunfar por vuestro medio nuestra santa fe católica, apostólica, romana, con toda humildad y reverencia tiene el honor de postrarse.— Á los augustos piés de Vuestra Santidad.— Vuestro humilde siervo, IBRAHIM TIMOTEO, obispo siríaco de Orfa.»

Aun hemos de añadir algunas líneas que demostrarán mas y mas cuán extraordinario es el celo de Pio IX en favor de la Iglesia universal.

Al pintar la situacion del mundo á la elevacion del augusto Pontífice á la cátedra de san Pedro, dejamos á propósito de hablar de Irlanda, porque de este país habíamos de ocuparnos necesariamente en este lugar. No es empresa fácil pintar con vivos colores las desgracias de aquel infortunado país, que viendo perdida su independenciam, careciendo de sus libertades y sujeto al yugo del gabinete de San James, conserva tan solo, y eso sosteniendo las mas rudas pruebas, su religion, su espíritu católico, que tres siglos de opresion no han podido arrebatarse. ¡Gloria á aquellos fieles católicos que, imitadores de los primitivos cristianos, prefieren perderlo todo hasta su misma nacionalidad antes que hacer traicion á su fe y á sus creencias religiosas!

Al principiar el año 1847 la Irlanda temia una próxima orfandad, y este temor hacia aparecer la tristeza en el rostro de los buenos hijos de aquel desgraciado país.

¿Cuál era la desgracia que se temia?

Daniel O'Connell se hallaba enfermo. Mas de medio siglo habia luchado por las libertades de su país, y habia conseguido, no obstante ser católico, y católico fervoroso, tomar asiento en el Parlamento británico, entre aquellos orgullosos legisladores que generalmente odian todo lo que no es protestante. ¡Qué gran figura era O'Connell! Dos amores se abrigaban en su corazon: el amor á la religion católica y el que profesaba á la patria que le vió nacer. ¿Cómo, pues, habia de mirar con indiferencia los males de su querida Irlanda? Dotado de un corazon varonil y de facultades intelectuales, ¿cómo no habia de hacer esfuerzos para evitar la gran persecucion de que era objeto en Irlanda la santa Religion del verdadero Dios? Los hizo, y en grande escala, y por esto su nombre será siempre objeto de veneracion y de respeto entre sus conciudadanos, y aun entre los católicos de todos los países, y su memoria será bendita en las generaciones.

Por consejo de los médicos O'Connell abandonó su país natal para mudar de aires, y mas bien para descansar de las grandes fatigas que habia experimentado defendiendo valerosamente á sus conciudadanos.

Por residencia temporal escogió el cielo puro de Italia, y especialmente la ciudad de Roma, á la que deseaba tributar un homenaje de respeto como ferviente católico.

Llegada la primavera, y cuando creyó que se lo permitia el delicado estado de su salud, emprendió el viaje, siendo recibido en todas partes, y muy especialmente en París y Lyon, con las mayores muestras de admiracion. Empero al llegar á Génova se agravó de tal suerte su enfermedad, que ya no le fue posible continuar su marcha. Viendo cercano el momento de su partida para la eternidad, recibió con el mayor fervor los santos Sacramentos, y con la fortaleza cristiana del que ha empleado su vida en la defensa de la Religion y de su patria entregó su espíritu en manos del Criador el 14 de marzo de 1847.

Esta pérdida fue muy sensible para el bondadoso pontífice Pio IX, que permitió se celebrasen sus exequias en la basilica Vaticana, habiendo pronunciado el elogio fúnebre el célebre P. Ventura. En este discurso predicado en dos dias por sus grandes dimensiones, y que ha sido traducido en varios idiomas, se encuentra la historia de los grandes padecimientos del pueblo mártir, de esa Irlanda modelo de fidelidad á la causa católica que es la causa de Dios.

Su hijo Juan y el R. Dr. Miley, que le habian acompañado en su viaje, despues de cumplir su primer deber obedeciendo la última voluntad del ilustre

difunto, que era llevar su corazón á Roma, desempeñaron la no menos triste de conducir su cuerpo á Irlanda. El que por la Religión y por la patria se había sacrificado quiso que sus restos mortales fuesen divididos entre la metrópoli de la cristiandad y el país que le vió nacer. Aquel corazón que respiraba caridad, que no tuvo más que sentimientos cristianos, ¿dónde sino en Roma debía permanecer?

La noticia de la muerte del grande hombre causó en Irlanda un pesar profundo. En todos los semblantes se veía retratado el dolor, que se renovó cuando los restos inanimados llegaron á aquellas playas.

Por ocho días consecutivos todos los periódicos mostraron su dolor orlandose de luto.

El cadáver había sido depositado en la capilla católica de Marlborough, y debía ser trasladado al cementerio de Glasnevin, siendo tres leguas la distancia que separa estos dos lugares. Pues bien, todo este camino se veía cubierto de un cortejo fúnebre cual jamás se había visto en Irlanda. Allí se confundían todas las clases y los hombres de todas opiniones: las municipalidades habían enviado comisiones, hasta de los puntos más retirados de Irlanda. Detrás del coche mortuario veíanse los carruajes de muchos magistrados, abogados, propietarios y de muchas personas adictas al Gobierno.

Á través de tanta afluencia no hubo el menor disgusto.

La patria pagaba un justo tributo al gran hombre que había extendido sobre ella su mano bienhechora. ¿Y la Religión? También debía contribuir á los obsequios tributados al que siempre la tuvo por norma de sus acciones todas. En la citada capilla católica de Marlborough se celebró un solemne oficio de difuntos á presencia de una inmensa concurrencia, á la que no podía dar cabida el templo, que con el mayor recogimiento acudió á unir sus oraciones con las de los ministros del santuario para rogar á Dios por el eterno descanso del alma de O'Connell. Los arzobispos de Tuam y de Dublin y diez y seis obispos acudieron á tomar parte en esta fúnebre ceremonia. En una tribuna que se había preparado al efecto se hallaban los cuatro hijos del difunto. ¡Qué consuelo experimentarían en medio de su dolor á presencia de aquel espectáculo!

Inmediatamente después se trató de levantar un monumento á la memoria del ilustre agitador. En el antiguo palacio del Parlamento, en Dublin, se reunió una asamblea para deliberar sobre aquel proyecto, habiendo acudido cuanto de más notable se encontraba en Irlanda. Esta asamblea fue presidida por el alcalde de Dublin, el cual en su discurso, al manifestar la necesidad de perpetuar la memoria del grande hombre, pronunció más de una vez con el acento de la mayor tristeza estas palabras: «El espíritu de O'Connell vive todavía en nosotros,» y bien podemos añadir que vive aun y que vivirá. Los sucesos que han tenido lugar después de más de veinte años que van transcurridos, así nos lo hacen comprender.

¡Qué importa que Francia descreída proponga levantar una estatua á Voltaire, al hombre más cínico del siglo XVIII, al impío que tuvo la audacia de llamar el *infame* al Hijo de Dios que salvó y civilizó al mundo! ¡Qué importa que España, el país clásico del Catolicismo, vea en una de las plazas de su capital la estatua erigida en memoria de un hombre de triste recuerdo para la Iglesia, que contribuyó al empobrecimiento del santuario, y que ni dejó campanas con que convocar á los fieles para las grandes solemnidades religiosas! Estas estatuas saludadas tan solamente por las pasiones políticas serán siem-

pre miradas con desden por los hombres amantes de la Religión y del buen orden social, en tanto que los verdaderos patricios, los hombres de gran corazón, los que no han hecho de la política un medio de medrar, serán siempre recordados con legítimo orgullo por los pueblos agradecidos, y su memoria permanecerá siempre en bendición. O'Connell tiene un altar en cada corazón irlandés, y su nombre es recordado con gloria por los católicos de todos los países.

No se nos acuse de apartarnos de nuestro principal objeto al haber dedicado unas líneas á la memoria del gran agitador de la Irlanda. Tenemos que ocuparnos necesariamente de este país al reseñar la vida de Pro IX, y nunca nos perdonaríamos el haber guardado silencio sobre los hechos de uno de los hombres más ilustres que han desaparecido durante el presente pontificado. Los acontecimientos políticos y sociales de estos últimos años están íntimamente relacionados con el Catolicismo en tanto grado, que no podríamos hablar de los hechos del Jefe supremo de la Iglesia sin ocuparnos de ellos.

Añadirémos dos líneas á lo dicho sobre los obsequios tributados á O'Connell por la Irlanda agradecida. La discusión de que antes nos hemos ocupado sobre el modo de perpetuar la memoria del ilustre patricio adoptó la siguiente proposición, á propuesta del Dr. Gray, director del *Freeman's*, periódico que cuenta más de cien años de existencia:

«En testimonio del reconocimiento de la Irlanda, y para eternizar la memoria de Daniel O'Connell, de su gloriosa carrera, de su vida heroica y de su muerte cristiana, se levantará en Dublin un monumento nacional con el objeto de inmortalizar su nombre. Todo el país contribuirá á este grande acto de público reconocimiento. Al tiempo de la cosecha se abrirá una suscripción en todas las parroquias. Procurará cada uno, según sus recursos, contribuir á la erección de este monumento; y al contemplarlo las generaciones venideras recordarán nuestro agradecimiento, nuestra gloria y nuestras desgracias.» Y todo esto se hacía cuando pesaban sobre aquel infortunado país las mayores calamidades. La enfermedad que se había declarado en las patatas, alimento casi único en aquellos pueblos, había introducido una miseria espantosa, y como consecuencia de ella las enfermedades y la muerte que hacían los mayores estragos. El invierno de 1846 á 47 dejó la más triste memoria, pues, según un cálculo estadístico, arrastró quinientas mil personas al sepulcro. En esta ocasión el clero católico estuvo á la altura de su misión. Muchos sacerdotes perecieron víctimas de su caridad, contándose entre ellos el R. Martín Loftus, cura de Dunmore y chanciller del arzobispo de Tuam, y el R. Tomás Donyer, cura párroco de la ciudad de Sligo, que no quisieron abandonar sus ovejas en medio de la aflicción. Este es el ejemplo que da en todas partes ese clero tan villanamente calumniado por los que, llamándose reformadores, quisieran ver destruido todo orden social, y que son los primeros á huir en tiempo de calamidades públicas.

El Episcopado irlandés hizo conocer á la Reina de Inglaterra cuál era la verdadera causa de la miseria del país, y en honor de la verdad debemos decir que el Gobierno de María Victoria envió doscientos millones; pero era cantidad insuficiente para remediar un gran pueblo que se moría de hambre y de miseria.

Las desgracias de la católica Irlanda hallaron eco en el corazón siempre magnánimo de Pro IX; y la voz del Padre común de los fieles, que siempre es

escuchada con respeto y veneracion, se alzó en favor de aquella parte del rebaño de JESUCRISTO. Supo con dolor que en Europa habia una isla poblada de siete millones de habitantes que en su mayor parte perecian de hambre, pues habia un gran número que ni yerbas tenian para alimentarse. Este dolor del Santo Padre no podia menos de subir de punto al considerar que aquella isla era eminentemente católica. Pio IX, que queria en cuanto le fuese posible aliviar la triste situacion de aquellos desgraciados, envió diversos socorros pecuniarios, y ordenó en algunas iglesias de Roma ejercicios espirituales para impetrar del cielo la misericordia divina en favor de los habitantes de la isla de san Patricio.

Como la calamidad siguiese en aumento, Pio IX determinó elevar su voz en favor de los irlandeses interesando la caridad de los fieles de toda la Iglesia de JESUCRISTO, y á este efecto, con fecha 25 de marzo, dirigió una encíclica á todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos *á fin de invocar el auxilio divino en favor de la Irlanda*, ordenándoles que en sus respectivas diócesis y lugares sujetos á su jurisdiccion manden *hacer públicas rogativas, por espacio de tres dias, en los templos y demás lugares sagrados, para que aplacado por ellas el Padre de las misericordias, libre de tanta calamidad á la Irlanda, y aleje tambien de todos los reinos y naciones de Europa semejante azote; y abriendo los tesoros de la Iglesia concede una indulgencia de siete años á todos los que asistieren á los actos prescritos, y una indulgencia plenaria á los que asistan á todos los actos, y recibieren dentro de la semana los sacramentos de la Penitencia y Eucaristia.*

Los hombres honrados de todas las naciones, cualesquiera fuesen sus ideas religiosas, aplaudieron con el mayor entusiasmo este paso dado por Pio IX, y la prensa se convirtió en panegirista del Jefe supremo de la Iglesia. Un periódico de Paris, el *Commerce*, se expresaba en estos términos: «Á nadie sorprende en Europa un acto de piedad real y positiva por parte de Pio IX. Los corazones de todos se vuelven hácia la Santidad eminente que, en medio de la enervada Roma, presenta todavía al mundo el espectáculo único de una grandeza puramente moral. Mas lo que nosotros estamos aguardando con ansiedad es ver si los fieles obedecen á esta voz que les habla de la caridad efectiva. Durante un invierno todo entero la Irlanda ha estado agonizando á la vista de la Europa que lo miraba con una impassibilidad estóica. Una conmiseracion estéril ha respondido á los gritos de agonía de un pueblo que estaba muriéndose de hambre y de frio. Fácil habria sido á los hombres embebidos en el movimiento de los intereses políticos proponer y realizar un proyecto de contribucion general y voluntaria en favor de la Irlanda; mas nadie se ha tomado la pena de ejercer esta iniciativa de humanidad. ¿Será acaso la nueva encíclica de Roma la que venga ahora á inspirarla á nuestros obispos?» Así se explicaba aquel periódico al dar cuenta á sus lectores de la encíclica de Pio IX. Con razon se lamentaba aquel periódico del poco interés manifestado hasta entonces, y la indiferencia estóica con que eran miradas las calamidades de la Irlanda. Á la Francia le bastaba atender á progresar en su decantada *civilizacion*, en esa *civilizacion* cancanesca, que no piensa en otra cosa que en frecuentar las modas, en corromper la literatura y las bellas artes, y dar brillo á espectáculos reñidos con la moral evangélica y hasta con la moral universal. ¡Irlanda sufría hambre! ¡Qué le importaba esto á aquella sociedad viciada que se dormía en el lecho de los placeres! Á la hora

en que escribimos ha expiado ya en parte su indiferencia para el bien y su actividad para el mal. ¿No habrá iluminado todavía aquellas inteligencias afechinadas la luz del petróleo?... La Gran Bretaña, la opresora de la Irlanda, tenia bastante ocupacion con atender á hacer próspero su comercio, á arruinar toda industria que no fuese inglesa, y á promover guerras de las que pudiera sacar alguna utilidad. Aquella nacion egoista, que deja morir de hambre á sus pobres, y que llegó un dia á proscribir la mendicidad, ¿habia de parar mientes en las desgracias de la pobre Irlanda? Verdad es que, como antes dijimos, el Gobierno británico habia enviado un socorro, una limosna, á aquel desgraciado país, pero fue debido á los esfuerzos hechos por la Reina. Despues no volvió á preocuparse de este asunto. La ciudad que soberbia se levanta á orillas del Támesis no quiere mas prosperidad que la propia; porque no es ya aquella isla de los santos donde la caridad tenia su asiento, desde que desechando la fe católica se echó en brazos de la malhadada reforma protestante. Roma, en medio de sus desgracias, pues se hallaba sufriendo una revolucion que llegó á producir fatales consecuencias, fue la que supo derramar la caridad cristiana, esa fuente de consuelo, sobre el pueblo afligido, porque el trono de Roma estaba ocupado por un Pontífice justo, por un digno sucesor de Pedro, vicario del Dios-Hombre, cuya inmensa caridad le hizo sacrificarse por la humanidad en el ara de la cruz.

Á Roma tan solo estaba reservado el compadecerse de la desgraciada Irlanda; Roma es la que levantando su voz hace en su favor se interesen todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo.

Hemos indicado que cuando el Sumo Pontífice habla, su voz resuena hasta los últimos confines de la tierra, y esta voz nunca es estéril, porque en todas partes existen católicos de corazon para los que una insinuacion del representante de Dios sobre la tierra es un mandato que se apresuran á obedecer. ¿Qué sucedió en Francia, en esa Francia de cuya marcha y costumbres nos hemos lamentado mas arriba? En el pueblo de san Luis, á través de su desmoralizacion de nadie desconocida, existen aun almas cristianas y generosas que no han participado de la general corrupcion; hay una prensa dispuesta siempre á defender los fueros de la justicia con los principios religiosos, y escritores de sanas ideas que luchan en buena lid con esa otra prensa escéptica, cuya mision es sembrar la duda y trastornar el orden social. El Episcopado francés, que pocos meses antes habia merecido grandes elogios por parte de Pio IX en ocasion de crear cuatro cardenales, que fueron los Emos. José Boffondi, Santiago Antonelli, Pedro Giraud y Santiago Dupont, los dos últimos franceses, escuchó con entusiasmo la voz del Santo Padre. Con placer consignamos aquí las palabras del Jefe supremo de la Iglesia al ocuparse del Episcopado de aquella nacion: «Al condecorar con la sagrada púrpura, decia en la alocucion pronunciada en aquel consistorio, á estos prelados de Francia, «tenemos la satisfaccion de acceder á los deseos de nuestro carísimo hijo en Cristo, Luis Felipe, rey cristianísimo de los franceses, el cual nos lo recomendó sobremanera, y nos aseguró, en las cartas que nos escribió, le sería «esto del mayor agrado, para dar á nuestros venerables hermanos los obispos «de esa inclita y á Nos tan cara nacion, de cuyo número son los que hemos «elevado al cardenalato, un público testimonio del particularísimo afecto que «les profesamos. Nada, en efecto, puede sernos mas grato y placentero que «estrechar con Nos y con esta Silla apostólica á los obispos franceses con un

«vínculo cada vez mas fuerte, con el cual sigan portándose, como se portan, «cual esforzados soldados de CRISTO JESÚS, defendiendo impávidamente con «episcopal constancia, prudencia y paciencia la doctrina, derechos y libertad «de la Iglesia; pues Nos, solícitos sobremanera de la salud eterna de toda la «grey del Señor, en virtud del sublime cargo de nuestro supremo apostola- «do, así como no omitimos el inculcar á todos dén al César lo que es del Cé- «sar, así tampoco cesarémos de levantar nuestra voz con libertad apostólica, á «fin de que todos dén á Dios lo que es de Dios.»

El Episcopado, pues, que mereció tales elogios de los augustos labios de Pio IX, decíamos que escuchó con entusiasmo la voz del Santo Padre. Inmediatamente abriéronse cuestaciones en todas las diócesis de Francia, y los resultados fueron tales, que pudieron enviarse crecidas sumas á la Irlanda. La Alemania filosófica no ha podido arrancar de su seno el gérmen católico, y antes por el contrario, los fieles hijos de la Iglesia que allí viven rodeados de la cargada atmósfera protestante, hacen esfuerzos porque sea de todos conocido su acendrado catolicismo. Apenas fue conocida la encíclica de Pio IX, los obispos de aquella nacion dirigieron á los fieles un llamamiento de caridad que produjo los mas benéficos resultados. Y hasta al otro lado de los mares el anuncio del caritativo documento de Roma hizo abrir las arcas de las personas opulentas, que se apresuraron á enjugar las lágrimas de aquellos en cuyo favor el Papa tanto se interesaba. En España tardó mas tiempo en darse á conocer la encíclica. En las circunstancias por que atravesaba nuestra patria, y á pesar de las buenas disposiciones que ya se veían en el Gobierno para el arreglo de los negocios eclesiásticos, los obispos tenían atadas aun las manos, y no podían dar curso á ninguna disposicion emanada de la corte pontificia, por benéfica y santa que fuese, sin obtener antes el *pase régio*, que no se alcanzaba sino con mucha dificultad. Sin embargo, la prensa religiosa anunció las calamidades de la Irlanda y el caritativo llamamiento de Pio IX, y la España, siempre hidalga, siempre católica, á pesar de los esfuerzos que para arrancar la fe de los corazones de sus buenos hijos se vienen haciendo de muchos años atrás, se apresuró á socorrer á nuestros hermanos de Irlanda. Esta campaña de caridad tuvo la gloria de iniciarla la *Revista católica* de Barcelona, excelente publicacion que desde su fundacion viene haciendo la mas heroica defensa de los intereses católicos. Á la primera indicacion que hizo á sus lectores recaudó una suma de 4,000 reales, que si bien era cantidad insignificante para socorrer á una nacion afligida por el azote del hambre, entró á engrosar los socorros que de todas partes se enviaban.

Pio IX, promovedor de estas caritativas cuestaciones, á mas de otros socorros que ya habia hecho entregar á la comision establecida en Roma para recibir los donativos en favor de los irlandeses, abonó de su bolsillo 1,000 escudos romanos. La dicha comision quiso dar las gracias personalmente en nombre de los socorridos al Padre Santo, y tuvo el honor de ser admitida en audiencia particular. Estaba representada por Mr. Harford, presidente; el Dr. Cullen, presidente del colegio irlandés, y Mr. Kirby, vicepresidente. Hé aqui las palabras que Mr. Harford dirigió á Su Santidad: «Tenemos el honor «de presentarnos á Vuestra Santidad como miembros de la comision estable- «cida en Roma con el objeto de recoger suscripciones destinadas á socorrer «una gran parte de nuestros compatriotas irlandeses, actualmente afligidos «por la cruel calamidad del hambre; y nosotros deseáramos expresar á Vues-

«tra Santidad nuestro vivo reconocimiento por la manera benévola y espon- «tánea con que Vuestra Santidad nos ha dado á conocer su generosa intencion «de contribuir á nuestra obra con un donativo de 1,000 escudos. Rogamos por «lo tanto á Vuestra Santidad que nos permita expresar la conviccion en que «estamos que el sentimiento que en este acto anima nuestros corazones será «profundamente participado, no solo por los ingleses que en la actualidad se «encuentran en Roma, sino tambien por todos los demás súbditos del imperio «británico.» El Santo Padre, despues de haber escuchado con la mas viva emocion estas palabras de Mr. Harford, dió la siguiente afectuosa respuesta: «Agradezco los sentimientos que acabais de expresarme. Esto es para mí un «consuelo muy dulce ver á tantas personas caritativas, pertenecientes á to- «das partes del Reino-Unido, que se dedican á una tan admirable obra de ca- «ridad, esforzándose para contener los progresos del hambre, y aliviar los «apuros de sus hermanos de Irlanda. Si yo pudiese disponer de recursos mas «abundantes, no me hubiera limitado á lo poco que he hecho en favor de una «causa que tiene todas mis simpatías. Para suplir este defecto, dirigiré fer- «vientes oraciones al Todopoderoso, para que tenga piedad de su pueblo, ale- «je de él el llanto, y le dé la paz, la dicha y la abundancia.» Los señores que componian la comision se retiraron satisfechos, tanto de la benévola acogida que les habia dispensado el Santo Padre, como del generoso donativo que de sus angustas manos habian recibido.

Mucho mas podríamos añadir; pero creemos es suficiente lo expuesto para que se comprenda cuán extraordinario es el celo de Pio IX en favor de la Iglesia universal.